

## RECENSIONES

**TUSELL, Javier y GARCIA QUEIPO DE LLANO, Genoveva**  
*El Dictador y el Mediador. España-Gran Bretaña (1923-1930).*  
C.S.I.C., Madrid, 1986, 129 págs.

El libro de Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano viene a cubrir un hueco en el estudio de las relaciones exteriores de España durante la Dictadura de Primo de Rivera. Su importancia estriba en que nos permite conocer mejor un aspecto concreto de la época dictatorial —las relaciones hispano-británicas— por obra de dos notables especialistas en dicho período.

Presentar al matrimonio Tusell-García Queipo de Llano resulta una pretensión baladí, dada la notoriedad alcanzada por ambos en el terreno de la historia política e intelectual, singularmente en el período de la Dictadura de Primo de Rivera; libros como *La crisis del caciquismo andaluz (1923-1931)*, o *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, por citar algunas obras, reflejan tanto un excelente trabajo de archivo, como un desarrollo metodológico apropiado a la historia política, siempre desde una óptica liberal cristiana.

El pequeño libro, titulado con intención, *El Dictador y el Mediador*, supone un paso más en el estudio de la política exterior espa-

ñola, una de las líneas de investigación que caracteriza al profesor Tusell y a colaboradores de la UNED. En esta línea se han publicado trabajos de los profesores Angel Martínez de Velasco e Hipólito de la Torre, o los de Ismael Saz desde la Universidad de Valencia.

La tesis central del libro gira en torno a dos hipótesis sugestivas: la estrecha conexión de la política interior con la exterior y la consideración de que la Dictadura fue el único período de la historia del siglo XX español, anterior al Régimen de Franco, en que la acción exterior pudo tener un mínimo de constancia en dos terrenos: el hispanoamericanismo y la relación privilegiada con Portugal e Italia con el fin de utilizar la tradicional mediatización franco-inglesa, característica de nuestra política exterior.

El trabajo parte de la documentación diplomática inglesa, matizada con la correspondencia de los embajadores españoles en Londres y París, Merry del Val y Quiñones de León. Por lo tanto sitúa las relaciones diplomáticas hispano-inglesas en el contexto del papel internacional de Gran Bretaña con su obsesión por el mantenimiento del «statu-quo» internacional, expresado en la Liga de Naciones, frente a posibles focos de inestabilidad política: Rusia, Italia, España.

Dejando aparte el papel de Rusia sacudida por una guerra civil especialmente violenta y

sometida a un cordón sanitario por las grandes potencias, lo cierto es que la pretensión de Alfonso XIII y Primo de Rivera de que España jugara un papel internacional destacado podía suponer una cierta revisión de la situación internacional hegemonizada por Estados Unidos, Inglaterra y Francia. En dicha pretensión, y por los mismos motivos, coincidirán los intereses españoles e italianos, al margen de otras posibles afinidades políticas.

Es evidente, sin embargo, que para romper el «statu-quo» internacional y sobre todo la prepotencia francesa, la diplomacia española necesitaba, además de crear una cierta entente con Portugal e Italia, la mediación inglesa: ese es el origen del título del libro y su verdadero contenido, a saber, la mediación o intervención inglesa en relación a los intereses españoles: Marruecos e Hispanoamérica.

En síntesis, podemos señalar tres etapas en la evolución de las relaciones diplomáticas hispano-inglesas: la primera que viene a coincidir con el primer gobierno laborista, el cual aunque apenas variará la política exterior conservadora —excepto el reconocimiento de la URSS— provoca serias fricciones con el régimen dictatorial de Primo, debidas esencialmente al eco que tenían en la intelectualidad inglesa las campañas contra el Dictador de Unamuno y Blasco Ibáñez, y también a la desconfianza británica por la actuación española en Marruecos; desconfianza que se reflejó en la negativa a la venta de armas para el ejército español.

El segundo período, ya con gobierno conservador, está dominado por la personalidad del secretario del Foreign Office Austen Chamberlain, por el creciente papel de intermediario que desarrollará Gran Bretaña en los puntos de fricción españoles: relaciones hispano-galas, Tanager y la Liga de Naciones.

«Para Gran Bretaña, señala el profesor Tusell, el caso español fue siempre en estos años, un prototipo de actuación de la política de apaciguamiento, se trataba de conseguir que se satisficieran en la medida de lo posi-

ble las reivindicaciones españolas, por otra parte, bastante modestas, sin que ello alterase la situación internacional. En este sentido, Gran Bretaña jugaba un papel antitético con respecto a Italia y, por supuesto, resultó triunfante».

El tercer período se inicia a partir de 1928 cuando la Dictadura, definitivamente, pasa de ser un posible factor de alteración del sistema de relaciones internacionales a un elemento favorecedor de la estabilidad del mismo.

Resta señalar, para finalizar, alguna objeción al planteamiento del trabajo sobre todo por lo que se refiere a la consideración de que la acción exterior, durante la Dictadura de Primo de Rivera, fue minimamente constante en el tiempo, a diferencia de otros períodos anteriores, debido a la intervención personal del Dictador. Dicha idea, en mi opinión, no parece demasiado fundamentada por dos razones: la primera, la propia especificidad del personal diplomático, cuyos sistemas de acceso y formación les hacían integrar un grupo muy cerrado, poco proclive a las influencias de los partidos e incluso de los propios gabinetes ministeriales. La segunda, la evidente vinculación de los embajadores españoles con la Corona, al margen del propio Gobierno; en este sentido, la incidencia de Alfonso XIII en la política exterior fue mucho más decisiva que la de los ministros respectivos. El análisis de los miembros de la carrera diplomática española revela una extraordinaria continuidad en sus destinos por encima de los diferentes gobiernos, lo cual no quiere decir que en aspectos coyunturales no influyeran los talentos de los sucesivos ministros de Exteriores o los propios Presidentes del Consejo de Ministros, es el caso de Primo de Rivera.

El libro, sin embargo, revela un sólido esfuerzo interpretativo sobre las repercusiones de la política exterior dictatorial en el ámbito de las relaciones internacionales de Gran Bretaña, a la luz de los documentos diplomáticos ingleses y españoles.

Miguel-A. PERFECTO

*Salamanca. Revista Provincial de Estudios.*

Publicación trimestral de la Diputación de Salamanca.

En un panorama editorial favorable al interés por el tema salmantino, surge la idea de una publicación periódica dedicada al estudio de los diversos aspectos de la realidad salmantina. Así nació *Provincia de Salamanca* que, a partir de su número siete, adquirió la denominación actual que encabeza estas líneas.

El fundador y primer director de la revista fue el prestigioso periodista salmantino Ignacio Francia y el primer número vio la luz pública en enero de 1982, siendo Presidente de la Corporación Provincial Antonio Gómez Rodulfo, quién señaló en las palabras de presentación del primer número:

«Porque hemos entendido que la Diputación Provincial puede y debe prestar este servicio, cubrir ese doble frente, se publica *Provincia de Salamanca*. Es nuestra provincia la que resulta favorecida, al tiempo que se estimula la tarea de los estudiosos». Si estas palabras podían parecer mero recurso protocolario, el tiempo se ha encargado de demostrar que la citada revista ha sido en los cinco años de andadura un excelente medio para difundir trabajos valiosísimos de investigación, que nos han revelado toda la extraordinaria riqueza de la realidad provincial pasada y presente.

El antecedente más inmediato de la revista que reseñamos se encuentra en *Monterrey* publicación interesante pero de vida efímera, pues sólo vio la edición de cuatro números. Apareció en enero de 1955 y su fundador y director fue Rufino Aguirre Ibáñez a quien la muerte sorprendió un 23 de abril, cuando precisamente se encontraba trabajando en el segundo número, de cuya edición acabó por encargarse el periodista Emilio Salcedo. Aunque el malogrado Rufino Aguirre dejó inacabada su tarea al frente de *Monterrey*, nos legó sin embargo la publicación de algu-

nos de los más interesantes libros de tema salmantino como *Salamanca vista por los extranjeros*, y *Salamanca en las letras contemporáneas*. Para el tercer número asumió la dirección el también periodista Enrique de Sena, no figurando ya ningún director para el número cuarto y último.

En cuanto al contenido, muy variado, existen páginas de información sobre las actividades de la Diputación, así como trabajos de gran interés de Maurice Legendre, Zamora Vicente, García Blanco, Luis Cortés, Luciano González Egido, García Vaquero y C. Gutiérrez de Ceballos, entre otros. También habría que destacar aquí las ilustraciones hechas por el pintor Zacarías González para el cuarto número.

Pero al hablar de la actual revista de la Diputación de Salamanca, es preciso reconocer el estímulo y orientación recibido de otras revistas publicadas por distintas Diputaciones y que desde sus inicios han sido recibidas en el Archivo de esta Institución. Quizá las que más influyeron en la decisión de poner en marcha nuestra propia revista fueron *Archivo Hispalense* y *Revista de Estudios Extremeños*, editadas por las Diputaciones de Sevilla y Badajoz respectivamente.

Como ya dejamos apuntado más arriba, *Provincia de Salamanca* cambió, en su número séptimo, título y director. En reunión celebrada por el Consejo de Redacción de la revista se nombró nuevo director de la misma al catedrático Alfonso Ortega Carmona, cambiándose también la periodicidad, que pasó de bimensual a trimestral; asimismo se introdujeron pequeñas modificaciones en el diseño; también se incrementó el número de consejeros hasta llegar a 21, buscando la más amplia representación de las áreas de conocimiento existentes en nuestras dos Universidades y en los Centros de Investigación anejos. Tal ampliación fue necesaria ante el enorme y variado caudal de originales que llegaban al Consejo para enriquecer el contenido de la revista, haciéndose necesario organizar una cuidada selección, con el fin de elaborar un producto editorial cada vez mejor.

Una importante finalidad que ha marcado siempre la línea de *Salamanca*, ha sido la de favorecer la difusión del trabajo de jóvenes investigadores, que a veces encuentran dificultades para la publicación de sus estudios.

Creemos que estos cinco años de esfuerzo han consolidado nuestra revista como el esfuerzo editorial más importante de cuantos se han realizado nunca en instituciones públicas salmantinas.

Hasta el momento se llevan publicados 21 números y el 22 está en prensa; de ellos, seis se han editado como números dobles y el total de artículos aparecidos se eleva a 159, sin contar los trabajos de secciones fijas como reseñas de libros, notas y comentarios varios, ni la publicación de documentos inéditos o poco conocidos, serie esta última iniciada con la presentación de la primera parte del libro *El Bastón*, editado en 1770.

No se puede hablar de la revista sin hacer una referencia, por somera que sea, a los colaboradores, que son las personas que verdaderamente le dan sentido y vida. En relación a la profesión de los autores de los distintos artículos, podríamos clasificarlos en tres grupos: el primero estaría compuesto en un 65,14 % de profesores universitarios; el segundo, hasta un 13,14 %, por profesores de Instituto de Enseñanza Media; finalmente, el tercero, correspondería a las profesiones más variadas, aunque siempre desde luego se trata de estudiosos con formación universitaria.

Actualmente la tirada de *Salamanca* se sitúa en torno al millar de ejemplares, cifra no muy alta pero que posiblemente muy pronto debamos elevar ya que se percibe un notable incremento de lectores. Respecto a la distribución se siguen los cauces de venta en librería, donación a instituciones de interés socio-cultural e intercambio con otras publicaciones similares.

Aunque es grande la variedad temática recogida en los distintos números de *Salamanca*, lo cierto es que hay un notable predominio de materias que genéricamente podríamos denominar humanidades (Historia,

Arte, Geografía, Ecología, Lingüística, Literatura, etc.).

Finalmente, hemos de reconocer que *Salamanca. Revista Provincial de Estudios*, es ya una fuente de consulta imprescindible para todos cuantos se hallen interesados por la cultura e historia salmantina.

José Antonio BONILLA

### *Volumen Homenaje Cincuentenario de Miguel de Unamuno.*

Dirección de D. Gómez Molleda. Casa-Museo Unamuno (Universidad de Salamanca), Salamanca, 1986, 795 págs.

En el volumen homenaje a Miguel de Unamuno, aparecido como colofón al Congreso Internacional celebrado en Salamanca en diciembre de 1986 y que constituye la última gran aportación al conocimiento de la compleja personalidad de don Miguel, 39 especialistas abordan la perspectiva unamuniana desde tres de sus aspectos fundamentales: el tiempo sociopolítico, el pensamiento y la obra literaria, a los que se añaden algunas pinceladas nostálgicas a modo de recuerdos personales y unos breves apuntes sobre dos de sus corresponsales, estructura ésta que sirve de soporte al propio volumen y permite al lector escoger directamente y con comodidad los aspectos de su interés.

Nuestra probada incompetencia en los campos del pensamiento o literario poéticos nos obliga a obviar estos aspectos dejando para otros el análisis de los trabajos de Maryse Bertrand, Díaz-Peterson, Cirilo Ballester, Pedro Cerezo, Mariano Alvarez, Mario J. Valdés, Dámaso Alonso, Ramón Carande o Fernando Chueca Goitia, entre otros. Vamos por tanto a referirnos a alguno de los doce trabajos que engloba la sección dedicada a Unamuno y su tiempo que inicia Jean Bécard con un poético análisis de las descripciones paisajísticas de don Miguel centrándose en sus 'Andanzas y visiones españolas'.

Buenaventura Delgado estudia el interés de Unamuno por Cataluña partiendo de una quizá discutible afirmación, refiriéndose a que Unamuno «no supo cuáles podrían ser las soluciones más adecuadas a los múltiples problemas existentes», si bien señala que a pesar de ello inundó los periódicos de artículos con sus preocupaciones y apreciaciones refiriéndose especialmente a «La Publicidad». Tras el análisis de las relaciones de Unamuno con una serie de intelectuales catalanes entre los que destaca especialmente a Joan Maragall, Delgado se centra en la actitud de Unamuno acerca de la lengua y la literatura catalana y su participación en la II Asamblea Universitaria, comentando con acierto el contenido de su ponencia y la postura de las «fuerzas vivas» catalanas, muchas de las cuales, como sabemos, excusaron su asistencia al tener conocimiento, posiblemente intencionado, del contenido de la misma; estudia también las visitas de Unamuno a Barcelona, especialmente la realizada en 1906 tras su famosa conferencia en Madrid promovida por los diputados e intelectuales catalanes en la que Unamuno criticó duramente la actitud de los militares tras el escándalo del Cu-Cut y concluye, basándose en una serie de textos poco conocidos, señalando su «gran amor» por Cataluña, su escasa simpatía por los políticos catalanes empeñados en hacer de ella una especie de departamento francés y su escaso respeto por Barcelona debido a su espíritu de fachada y su megalomanía.

D. Gómez Molleda entra de lleno en esa faceta política que sigue siendo prácticamente desconocida a pesar de su obra como publicista diario y durísimo acusador en la prensa de los manejos de todos y cada uno de los gobiernos de la España contemporánea y de sus principales actores. En su opinión Unamuno, que pertenece a ese grupo de intelectuales liberales tradicionalmente inconformistas, adopta durante el quinquenio republicano una actitud de discrepancia que en muchos momentos fue calificada como antiliberal y antirrepublicana, especialmente por su enfrentamiento —«disentimiento razonado»

lo llama D. Gómez Molleda— con Manuel Azaña. El análisis parte de la desconfianza de Unamuno en la solidez de Alianza Republicana, en la nueva generación de políticos, en su competencia para gobernar y en los partidos políticos a los que seguía aborreciendo. Para Gómez Molleda Unamuno está políticamente descolocado al llegar el 14 de abril y la confrontación entre ambos se inicia con el famoso discurso en el Paraninfo salmantino en octubre de 1931 en el que don Miguel defendió la España eterna e inalterable frente a la nueva España que proclamaba la República. Este enfrentamiento continuaría con la crítica de la Ley de Defensa de la República defendida por Azaña en la que Unamuno observaba muchas semejanzas represivas con la denostada Ley de Jurisdicciones, ya que don Miguel entendía que el régimen debía hacerse respetar de sus enemigos por sí mismo sin necesidad de leyes de excepción, y más tarde con la diferente idea que ambos tenían del término revolución y la diferente concepción de lo que debería ser una República. La vuelta de Manuel Azaña después de las elecciones de 1936 justificarían, en opinión de D. Gómez Molleda, el «salto en el vacío» de Unamuno en julio de 1936.

E. Inman Fox, en la línea de Juan Marichal, nos introduce en el estudio de la actitud de los intelectuales en la política española desde finales del XIX haciendo un repaso, sin nuevos elementos de juicio, a la participación de Unamuno en la protesta por los sucesos de Montjuich, la campaña anticlerical, la Ley de Jurisdicciones y sus tres artículos sobre el patriotismo unidos al mitin de la Zarzuela, la nueva defensa del liberalismo socialista, la guerra de Marruecos, la Semana Trágica y el fusilamiento de Ferrer sobre el que se extiende haciendo una interpretación de las causas por las que Unamuno defiende el fusilamiento hasta concluir con la campaña agraria a la que sigue atribuyendo su cese como rector sin tener en cuenta otras razones, a nuestro juicio más importantes, como su actitud ante el conflicto europeo y los intereses de la corona en favor de las soluciones autoritarias.

El malogrado José Antonio Maravall nos sumerge en la idea que Unamuno tenía de la Historia, «la revelación de un pueblo como una esencia originaria y perenne», esencia, algo más que un carácter o un espíritu, que se encuentra en el individuo, ya que para don Miguel se era español por participación en el ser de España y este ser se encuentra en cada uno de sus individuos. Estos hombres son para Unamuno profundamente protagonistas de los hechos históricos de donde derivaría, al no saber el camino para dar con una historia social, su intuición de la intrahistoria, lo profundo, la región de la larga duración, donde don Miguel encuentra lo general de que se participa en común y lo radicalmente individual porque está en cada uno aunque a partir de 1914 la historia como tal pasará a ser el objeto de su interés si bien por debajo de ella seguirá permaneciendo la intrahistoria que sirve de sostén a los hechos históricos.

Víctor Ouimette analiza la concepción que Unamuno tiene del liberalismo en una acertada comparación con el de Croce. En su opinión, el liberalismo unamuniano estaría basado en su idea del deber del Estado de fomentar la educación y la cultura y aplicarlas a la conciencia nacional y también en su defensa de la libertad, entendida como libertad de pensar y de crear, de verdad y de la justicia, elementos que considera como los pilares del moderno Estado liberal, en lo que coincidiría con Croce, al igual que en su condena del materialismo por oponerse a los valores del espíritu, aunque les diferenciaría el hecho de que el liberalismo unamuniano era ético y espiritual mientras que el de Croce era idealista y racionalista. Sobre estas premisas Víctor Ouimette hace un repaso a los diferentes momentos políticos de España estudiando en cada uno de ellos el comportamiento y las variaciones, no esenciales, del liberalismo unamuniano, para concluir que don Miguel veía que el liberalismo era amenazado no sólo por la derecha tradicional sino también por

las nuevas modas políticas de la época entre las que cita expresamente a las dos Internacionales anti-liberales y las dos dictaduras, la fajista y la comunista.

La brevedad de esta reseña nos obliga a dejar de un lado otros trabajos de esta sección, pero no queremos concluir sin hacer un último apunte del excelente estudio en el que Carlos Serrano detalla la participación de Unamuno en «El Nervión» de Bilbao cuyo interés estriba esencialmente en que nos permite acercarnos a los escritos de juventud de Unamuno anteriores a su afiliación al Partido Socialista. Serrano referencia más de setenta trabajos, en su gran mayoría no incluidos en las O.C., entre los que hay cuentos, relatos breves, cuadros de corte, disquisiciones costumbristas y otros dedicados a la actualidad política de la villa de Bilbao, destacando los firmados con el seudónimo Exóristo, que serán contestados por Pablo de Alzola con la firma X, dando origen a una curiosa polémica sobre las maniobras de la burguesía vasca para hacerse con el control del Ayuntamiento de Bilbao. Interesante trabajo el de Carlos Serrano, que se complementa con un índice de títulos, días y números del diario de gran valor para los amigos de completar ficheros con destino a esa reedición que todos esperamos de unas Obras más Completas.

Valentín DEL ARCO LOPEZ

**MARCOU, Lilly**

*Les pieds d'argile, le communisme mondial au présent. 1970-1986.*

Ramsay, París, 1986, 490 págs.

Con la llegada al poder de Mijail Gorbachov, una verdadera atmósfera de cambios y de reformas parece abrirse camino en la Unión Soviética. Las *Orientaciones generales*

de desarrollo económico y social y la nueva redacción del Programa del Partido, aprobados en el XVII Congreso celebrado en Moscú del 26 de febrero al 6 de marzo de 1986, han supuesto la consagración del nuevo rumbo. Cada día resulta más patente la voluntad de la actual dirección de reconciliar el Estado con la Sociedad civil y de renovar el llamado *modelo soviético*, paradigma del *socialismo real*.

«No tenemos otra salida», repite frecuentemente el actual Secretario General del PCUS para justificar su política. Y es evidente que al hablar de *salida*, no sólo está reconociendo implícitamente el marasmo y el *impasse* dominantes en la URSS desde la limitada desestalinización krouchevista, sino también está afirmando la insoslayable necesidad de cambios profundos en los diversos órdenes de la vida económica, social y política.

Ante una reunión de cuadros del Partido, habida en Leningrado en mayo del 85, el mismo Gorbachov defendía la lógica de las reformas como actitud permanente para encarar el futuro, señalando que los casi setenta años transcurridos desde Octubre, demostraban que la Historia jamás reservará al socialismo una especie de paraíso en el que descansar seguros e inmóviles para siempre.

Por ello, entre la izquierda europea comprometida en el esfuerzo pacifista/antiimperialista y cuyas señas de identidad se remiten al afán por el control democrático de los medios de producción o, más sencillamente, a la apropiación de tales medios por los trabajadores, comienza a despertarse un vivo interés por cuanto sucede *en el otro lado*, consciente de que el desbloqueo de la situación político-social en el Este puede aportar nuevas posibilidades a la izquierda en el Oeste.

Para Lilly Marcou, esta izquierda se identifica fundamentalmente con la fracturada familia comunista, cuyas divisiones y retrocesos electorales no son sino expresión de que la creencia en un futuro socialista, tal como este se concebía después de 1917, ha desaparecido por el momento de la conciencia de la gran

mayoría de los trabajadores europeos. En el fondo, el mismo eurocomunismo no habría sido tanto un expediente de liquidación — tal como proclaman los sectores prosoviéticos —, cuanto un intento de evitar una crisis casi definitiva.

Y es que no conviene olvidar que los partidos más clásicamente *eurocomunistas* de los años setenta (PCI, PCE, PCF) son los que han padecido crisis más agudas en los ochenta. El PCI en primer término, el más fuerte de todos ellos, que continúa siendo —por exclusión— piedra angular de la vida política italiana y en cuyo Congreso del 1986 optó por una política de convergencia, a nivel europeo, con los tan denostados partidos socialdemócratas; tal convergencia, destinada a garantizar una salida progresista a la actual crisis económica, se orientaría también a restaurar, después de una larga fase de colaboración política, la unidad perdida tras la constitución de la III.<sup>a</sup> Internacional. En segundo lugar el PCF, quemado electoralmente tras su experiencia de colaboración gubernamental con los socialistas. Y finalmente el PCE, dividido por cuestiones personales y de ubicación frente al *gran hermano* (temas que desinteresan o enervan a la opinión pública), así como por la opción táctica de unos u otros compañeros de viaje.

Pero las reformas de Gorbachov, que buscan modificaciones perfectivas del sistema político como requisito indispensable de la deseada modernización económica, suponen también una nueva línea de política exterior, caracterizada por actitudes tendentes a favorecer una reducción sustancial de costes en la antieconómica carrera armamentista. En efecto; el billón largo de dólares gastado por el Pentágono, bajo Reagan, para luchar contra la recesión de las industrial clásicas, los medios ya librados para el programa SDI — impulsor de las nuevas tecnologías — y la práctica de una nueva y durísima política de *containment*, han forzado a la URSS a un marcado repliegue interno. Quedan ya muy lejos los *avances* mundiales del comunismo de la segunda década de los setenta, expli-

cables sólo en el contexto de la desorientación americana tras la derrota de Vietnam.

En aquella circunstancia, la evaluación de fuerzas que desde Moscú se hacía del *movimiento comunista* era muy optimista. Ciertamente en la Conferencia de Berlín de 1976 se aceptaba como irrecuperable la China del tardomaosismo y se reconocían también las diferencias entre los partidos *euro-comunistas* y los demás, en cuestiones esenciales como internacionalismo, métodos de acceso al poder, democracia, vías de construcción del socialismo, etc. Sin embargo, se insistía más en el crecimiento cuantitativo del comunismo en la tierra y en la conquista del poder en algunos nuevos países del Tercer Mundo. Así pues, la Conferencia de Berlín optó por definir como *área privilegiada*, en orden a la progresión mundial del socialismo, a los Estados del Comecom y a los Movimientos de Liberación de inspiración comunista —militantes o ya triunfantes— del tipo de los de Indochina, Etiopía, Mozambique, Angola, o los de la zona del Caribe. Claramente, pues, las preferencias dentro de lo que quedaba de familia comunista de obediencia moscovita, se orientaban hacia la *zona de las tormentas*, como enseguida demostraría la invasión rusa de Afganistán, en diciembre de 1979, posterior en pocos meses a la *lección china* a Vietnam por su intervención en Kampuchea.

Hoy día el escenario internacional es muy otro y la URSS busca afanosamente la vuelta a una nueva etapa de distensión y a un desarme efectivo, prodigando todo tipo de *señales* en esta línea. Las iniciativas tomadas son tan llamativas que la teoría reaganiana del *imperio del mal* comienza ya a ser mercancía invendible entre sus más usuales consumidores. Y es que el caso de Nicaragua no es suficiente como para hablar de una estrategia planetaria del comunismo internacional. Este, como tal, ya ni siquiera existe. En esto la opinión de Lilly Marcou, bien fundamentada en el recurso a cuantiosas fuentes, es absolutamente tajante.

Es más. Una buena parte del libro que comentamos se dedica a mostrar el proceso

de lenta desagregación de un *movimiento* entendido en su hora fundacional como incuestionablemente unitario. Lilly Marcou analiza sus hitos fundamentales: disolución primero de la Komintern en 1943, por presiones de los aliados, justificada con la teoría de que la Guerra en curso no era ya desde 1941 un conflicto entre países imperialistas ante el que la URSS y sus seguidores deberían mantenerse neutrales y a la espera de dirigir el asalto final contra el ganador/perdedor, sino una guerra de restauración de unos mínimos de civilidad que los países democráticos compartían con los comunistas; reconstrucción después de un remedo de nueva Internacional, la Kominform, instrumento de control de los partidos comunistas del Este y de vigilancia de los del resto del mundo, fracasado desde el momento que no logró reducir la disidencia yugoslava, inspiradora de un *policentrismo* posteriormente elevado por Togliatti a la categoría de semiortodoxo; finalmente, tras la desestalinización, ya en los años sesenta, simples Conferencias Mundiales de PCS., que suponen para el PCUs el trágala de la diversidad de las vías nacionales a las que siempre hasta entonces se había opuesto, tanto en la forma del *revisionismo titista*, como en la del *revolucionarismo chino*, o en la del *eurocomunismo*.

Este último, esbozado en la Conferencia de Bruselas de 1974, trató de alcanzar una definición más neta en la *Cumbre de Madrid* de 1977, donde Santiago Carrillo intentó organizar el *eurocomunismo* como plataforma política supranacional, de manera similar a como pugnan por hacer ahora tras su Congreso del 86 los herederos de Berlinguer.

Frustrada la iniciativa de Carrillo, el *eurocomunismo* quedó planteado como un caso histórico más —similar al de los partidos de la II.<sup>a</sup> Internacional— de encuadramiento *nacional* del movimiento obrero organizado.

Y junto a la disidencia *eurocomunista*, Lilly Marcou analiza también la de la China del tardomaosismo, definitivamente superado tras el cambio de rumbo de 1978-81. Es justamente durante estos años cuando se producen

—no sin fuertes tensiones internas— la crítica a la aportación de Mao al comunismo chino y la fijación de los objetivos de *modernización* del país; al mismo tiempo, la renovada dirección política reanuda sus lazos con los distintos Partidos Comunistas del mundo, sobre la base del respeto a la independencia total de cada PC y de rechazo a cualquier forma de *hegemonismo*.

La restauración de relaciones con el conjunto del mundo comunista se inicia simbólicamente por la Liga de Comunistas Yugoslavos, bestia negra —como *moderno revisionismo*— durante la Revolución Cultural; se amplía después a los partidos *eurocomunistas*, para acabar finalmente en los partidos de países socialistas europeos, discriminándose entre los considerados próximos —Hungria— y aquellos otros con los que los contactos están a nivel de mínimos (Checoslovaquia, RDA o Polonia). El destino final de este movimiento político-diplomático es sin duda la normalización con el PCUS y la URSS, si bien China, según Marcou, trata de ralentizar en lo posible sus maniobras, buscando reforzar en tanto sus relaciones con USA, Japón, Europa Occidental y el Tercer Mundo, para tratar con los rusos en posición de fuerza. En todo este juego el lenguaje es muy revelador y así la URSS, que ya es considerada *socialista*, no se ve tildada de *revisionista*, aunque se la sigue considerando *hegemonista* y por tanto culpable única del contencioso histórico chino-soviético.

Muy otra es la actitud con yugoslavos e italianos, con quienes los chinos reconocen haber cometido no pocos errores. Hu Yaoban y Deng Xiaoping lo han reconocido abiertamente en varias ocasiones y han renunciado explícitamente a toda veleidad de convertir al PCCh en un nuevo centro del comunismo mundial. Tal pretensión, típica del momento de la Revolución Cultural, se ha endosado sobre las espaldas de Lin Piao y la famosa *Banda* como un crimen ideológico detestable. Nada, pues, de marcar estrategias a otros partidos y nada de exigir el cerco de la *ciudad* desde la *periferia* campesina.

Resulta claro que con tales planteamientos los obstáculos para la plena normalización de relaciones no son, pues, ideológicos sino de Estado y se centran en la exigencia de evacuación vietnamita de Camboya, en la reducción de los efectivos del Ejército Rojo en la frontera —Mongolia incluida— y en la total retirada militar de Afganistán. Son estas tres exigencias chinas las que dan al diálogo restaurado en 1979 un carácter guadianesco, que evoluciona al compás de la situación en estas zonas.

Sin duda las reformas de Gorbachov y del XXVII Congreso, así como el giro ya irreversible imprimido por Deng Xiaoping a la vida económica, supondrán en el futuro una cierta convergencia. Con todo, es casi seguro que las cosas nunca volverán a ser como en la época de Stalin.

El pleno retorno de China al comunismo mundial se hace, en definitiva, en plena concordancia con la nueva orientación de su vida interior (un Estado y dos Sistemas). Y si este camino de vuelta tuvo inicio por aquellos partidos más claramente distanciados del modelo soviético, como los *eurocomunistas*, es evidente que con ello quería significar el PCCh la legitimidad de la vía particular de cualquier partido. Sin distinciones ni privilegios.

Así pues, esencialmente podemos considerar con Lilly Marcou que el regreso del mayor de los hijos pródigos no es a la casa paterna sino a la heredad del policentrismo.

¿Es, pues, reconstruible la unidad del movimiento comunista en cuanto tal? Para nuestra autora esto no entra en el terreno de lo posible. La unidad internacionalista de los tiempos de la Komintern es un recuerdo demasiado viejo y desprovisto ya de significado. Fueron precisamente los chinos y los comunistas españoles quienes más insistieron a partir de los años setenta en que los residuos de la unidad comunista internacional no eran más que uno de los instrumentos de las bases de la influencia rusa en el mundo.

Por eso es dudoso pensar en la recuperación de la unidad perdida. Y no parece que Gorbachov sea el hombre llamado a resucitar cadáveres.

Tomás PEREZ DELGADO

**GARCIA ZARZA, Eugenio**

*La actividad universitaria salmantina. Su influencia geográfica en la ciudad.*

Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986, 298 págs.

«Salamanca encierra de sí/ todo lo bueno del mundo;/es un Liceo segundo,/ Atenas se cifra allí».

En pleno Siglo de Oro era ya un tópico tan recurrente identificar a Salamanca por su Universidad, que incluso hombres de tan inagotable ingenio como Lope acudían obligatoriamente a él. Y Espronceda, continuando esa tradición en su *Estudiante*, vuelve a hablar de «patria de ilustres varones/ noble archivo de las ciencias».

Aún en las postrimerías del siglo XIX, con la Universidad salmantina sumida en honda crisis, el turista Pedro Antonio de Alarcón descubre una Salamanca dominada «moral y materialmente» por una Universidad que se le representa como «fuente de su grandeza y renombre, la ocasión y origen de casi todos sus mejores monumentos»; sorprende también gratamente a Alarcón la luz, el bullicio y la animación urbana, que él atribuye sin asomo de duda a la existencia de un contingente apreciable de población estudiantina.

La *parlera fama*, pues, acuñó a lo largo del tiempo, con la incuestionable fuerza de la realidad, un poderoso lugar común de nuestra mejor literatura, que hoy algunas instituciones pretenden transformar en programa político.

De tan vieja tradición parte el Prof. García Zarza para documentar en la obra que

justifica estas líneas, el *peso e influencia* que la actividad universitaria tiene *hoy* en nuestra ciudad. Se trata de un libro con tesis: su autor busca *demostrar* que el impacto de la Universidad en la ciudad de Salamanca es algo concreto, real, traducible al inapelable lenguaje de los números y que abarca prácticamente todos los órdenes de la vida social.

El libro tiene la siguiente estructura: tras estudiar el contexto urbano general, se analiza el carácter e influencia en él de la función universitaria —FU—, para evaluar después la aportación económica de ésta a la vida de la ciudad (no en vano este trabajo tuvo origen en una ayuda a la investigación de la Caja de Ahorros salmantina); finalmente, se describe el complejo entramado de las influencias y repercusiones que la Universidad proyecta sobre la ciudad.

El primer capítulo, que funciona a modo de larga «Introducción», contiene algunos de los apartados mejor elaborados de la obra, incluso en lo que a soporte gráfico del texto se refiere. Salamanca se nos describe a través de su demografía, plano y morfología urbanos, zonificación funcional y diversos aspectos económicos.

La demografía nos muestra el crecimiento de la población ciudadana a costa del «subdesarrollado» entorno provincial; asimismo, mediante el estudio de su distribución por sexo, actividad económica y distritos, apreciamos la relación entre espacios urbanos y estratos sociales o el carácter básicamente terciario de la economía, con un bajísimo índice de población activa real (10 puntos menos que la media nacional y particularmente reducido en el caso de las mujeres); finalmente, la pirámide de edades refleja el peso de los sectores juveniles, aunque se percibe también una cierta tendencia al envejecimiento.

Los «aspectos económicos» se abordan de manera menos convincente. El propio autor se queja de la falta de fuentes, que sustituye por *indicadores* o estimaciones generales —fruto de observaciones personales—, cuya elección no se justifica concluyentemente.

Resulta también discutible el «subdesarrollo» atribuido a la economía salmantina a causa del peso de su sector terciario —es bien sabido que las economías postindustriales presentan los mayores índices de terciarización—, así como la fijación en 50.000 del número de personas que poseen un empleo *inducido* por la actividad universitaria.

Es en el estudio del plano, morfología y zonificación urbanas donde se percibe más claramente la incidencia de la FU, incluso por lo que se refiere a la actividad, variedad y número de establecimientos comerciales.

Como parte de la misma gran «Introducción», un segundo capítulo sobre la «Actividad universitaria» analiza históricamente la crisis de la Universidad en el siglo XIX, su lento despegue en el XX y la expansión del 50 en adelante, particularmente desde 1971, en clara conexión con los ciclos de la inmigración provincial. Los ritmos de crecimiento del alumnado, los más altos de la historia, no pueden ocultar el hecho de la reducción relativa de la influencia salmantina en el conjunto universitario nacional, ocasionada por el despegue de las instituciones educativas en otras zonas de España y por el carácter crecientemente marginal de esta zona oeste del país. Debido a ello, la variedad geográfica en la procedencia estudiantil, localizada a la izquierda de la línea Badajoz-Zaragoza, cada vez propende más a reducirse al actual distrito, sin que los diversos factores en presencia permitan prever una alteración notable de la situación.

Desde la óptica de la procedencia social, establecida a partir de la profesión y residencia paternas, se puede hablar del peso abrumador de las capas medias y acomodadas entre los estudiantes salmantinos.

Uniando todos estos datos sobre una Universidad en expansión pero que cada vez pesa menos en el conjunto nacional, enmarcada en un contexto geográfico cada vez más pobre y reducido y dominada socialmente por las clases medias de una zona en regresión histórica, quizá podamos comprender el verdadero

sentido y el futuro que aguarda a ciertas iniciativas político-culturales que actualmente consumen gran parte de sus fondos en la propia campaña publicitaria de lanzamiento.

Pieza central en la investigación de García Zarza es la cuantificación del aporte económico de la FU a Salamanca, cifrado para el curso 82-83 en unos 10.000 millones de pts., es decir, un 10 % del total de la renta provincial. Ciertamente nadie duda que la aportación sea decisiva; ni siquiera que las cifras ofrecidas para el desglose por sectores de ese monto general puedan ser correctas. Pero subsiste el problema de las fuentes a que nos referimos ya más arriba; por eso, en mi modesta opinión, no resultan del todo seguras partidas tan importantes como el gasto medio del estudiante que vive fuera de su familia, o el gasto medio de las familias establecidas aquí con ocasión del estudio de alguno de sus miembros, o el desembolso tipo que hace cada uno de los congresistas que visitan la ciudad. Y no es que digamos que la evaluación se haya hecho por exceso o por defecto, sino que simplemente se vela al lector el mecanismo de razonamiento o la elaboración de fuentes que sirven para sentar algunas afirmaciones.

Quizá todo sea tan sólo efecto de la voluntad del autor por dar a su trabajo una mayor difusión, facilitando la comprensión a un gran público al que se busca concienciar sobre la importancia económica de la Universidad en la vida salmantina. Por eso sin duda se elimina el aparato erudito de las citas a pie de página, con lo que la obra gana agilidad, aunque hay que reconocer que pierde tono y claridad. Para suplirlo, no basta —al menos al lector puntilloso— reflejar al final del libro las fuentes y bibliografía consultadas que, sin embargo, no se referencian de forma concreta en muchas ocasiones a lo largo del texto.

Los últimos cuatro capítulos se dedican al estudio de las repercusiones de la FU en Salamanca. En muchos casos predomina en estas páginas una cierta reiteración de conceptos, datos, o procesos explicados ya en páginas

anteriores; así lo que atañe a las consecuencias demográficas o a algunos aspectos de la zonificación funcional. Se precisa más, sin embargo, todo lo referente a la distribución espacial de la residencia del colectivo humano universitario y, al hablar de los aspectos económicos, se abunda en algunos datos sobre la incidencia de la FU en el sector de la construcción (2.000 viviendas en alquiler para estudiantes de un total de 45.000) y en el hipertrofiado comercio; pero las páginas que hablan del sector ocio y actividades de esparcimiento, tienen un tono excesivamente coloquial, sin ir mucho más allá de los datos de mera observación.

Así pues, aunque es patente la voluntad de precisar y cuantificar, indicándose la participación de algunos sectores en la renta provincial, el autor llega a reconocer la dificultad de concretar ésta en todos sus aspectos conformadores, lo cual augura algún nuevo trabajo de investigación al respecto.

Se concede una extensa importancia al variado sistema de alojamiento de los estudiantes, particularmente a los Colegios Mayores, cuya historia se relata, todo lo cual quizá resulte excesivo, al señalarse que la residencia de estudiantes en uno u otro lugar de la ciudad no altera el carácter de su economía.

En el terreno estrictamente urbanístico, García Zarza establece ordenadamente —de más a menos— las diversas zonas en que la FU resulta destacable, mostrando la correspondencia específica entre boom universitario y expansión y remodelación de la ciudad.

El libro concluye con una amplia exposición del impacto de la Universidad en la vida social salmantina. Para ello el relato se remonta incluso a los dorados tiempos del viejo esplendor, empleándose un tono a caballo entre la sociología histórica y la literatura costumbrista. Hay algo de hiperbólico patriotismo local al describir el famoso «ambiente» salmantino de hoy, fruto de la amplia presencia juvenil, aunque también se reconoce que la uniformidad actual de los sistemas de vida iguala estandarizadamente los comporta-

mientos de toda la juventud, con independencia de su relación con el estudio.

Tomás PEREZ DELGADO

**YLLAN CALDERON, Esperanza**  
*Cánovas del Castillo, entre la historia y la política.*

Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985, XVII, 286 págs.

Dos rasgos caracterizan seguramente la tarea investigadora del prof. José María Jover, la atención a las relaciones internacionales y el interés por el sentido histórico-social de los discursos literarios, y en una u otra de estas direcciones están orientadas también buena parte de las tesis doctorales de sus alumnos y discípulos. Así ocurre en el caso presente, en el que Esperanza Yllán se ha propuesto interpretar el tono ideológico que presenta la obra historiográfica de Cánovas.

Al estudiar el respectivo sentido ideológico de cada discurso literario se está haciendo historia de las mentalidades pues de lo que se trata es de encontrar las correlaciones entre la pertenencia social y las actitudes sociales asumidas, y los contenidos de pensamiento; la historia de las mentalidades busca establecer los casos concretos en que los componentes materiales de la historia condicionan o sesgan las actitudes intelectuales. En este estudio nos encontramos con el análisis de los caracteres ideológicos que en definitiva iba a adquirir el discurso historiográfico de Cánovas.

En el prólogo del volumen, Jover hace una estimación de la obra del político malagueño en cuanto historiador, y dice: «Nos encontramos ante una de las grandes figuras de la historiografía española contemporánea». La autora del texto —sin embargo— parece menos entusiasta, y apunta simplemente que sus trabajos merecen un lugar destacado en la historia de la historiografía; de cualquier modo, aparece subrayado el relieve de don

Antonio y la necesaria atención que debe prestársele como investigador del pasado. Su obra no obstante (interpreta Esperanza Yllán), acabará adquiriendo un sentido intelectual legitimador de las concepciones político-históricas mantenidas por él: «El objetivo historiográfico de Cánovas —escribe— sería... justificar y legitimar un sistema político que él mismo presentaría como «continuación de la historia de España, frente al desarrollo de un proceso revolucionario que amenazaba con rectificar la historia de España en un sentido progresista».

La Restauración de la que don Antonio fue artífice consiste —apunta la autora del presente trabajo—, en el resultado final del proceso de rearme ideológico del moderantismo tradicional que venía desde 1848; se trató de una actitud ante la irrupción de las masas en el proceso histórico, cuya transcendencia y peligro revolucionario quedó advertido.

Ya José María Jover tenía escrito hace años cómo don Antonio Cánovas se había opuesto no sin cinismo (sarcasmo, diríamos mejor a la vista de algún texto), al sufragio universal; ahora Esperanza Yllán alude también al control o manipulación de los sufragios en cuanto procedimiento justificado por el malagueño «en función de unos intereses oligárquicos, supuestamente amenazados si se permitía la autenticidad en el ejercicio electoral». Nuestra autora recuerda a este propósito la conferencia de Ortega y Gasset «Vieja y nueva política», en cuyo texto se hallan efectivamente pasajes como estos que transcribimos directamente: «“Orden”, “orden público”, “paz”, ... es la única voz que se escucha de un cabo a otro de la Restauración... Pero Cánovas, señores, no era una criatura inocente; yo respeto sinceramente su enorme talento, tal vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas si hubiera podido dedicar a ellas su vida; mas por encima de ser un gran erudito y un gran orador y un gran pensador, fue Cánovas, señores, un gran corruptor; como diríamos ahora, un profesor de corrupción. Corrompió hasta lo incorruptible».

El pensamiento de don Antonio Cánovas —establece nuestra autora— responde a una ideología conservadora tradicional, incapaz de adaptarse a las nuevas necesidades sociales y defensivo en definitiva y teñido de irracionalismo. Esperanza Yllán encuentra apelaciones al recurso de la fuerza por ejemplo en estas palabras del malagueño: «Siempre habrá un bajo estado, siempre habrá una última grada en la escala social, un proletariado que será preciso contener por dos medios: con el de la caridad, la ilustración, los recursos morales y, cuando éste no baste, con el de la fuerza». Nos encontramos en efecto ante una actitud denostadora de los derechos de las muchedumbres, que alude literalmente a «los hombres superiores de la fuerza» que han de estar presentes en «la hora precisa en que hacen falta».

El cierto irracionalismo que colorea el pensamiento canovista nos parece que se muestra también en su actitud ante el positivismo científico del XIX: «La verdad es que las ciencias puramente especulativas —dice en párrafo que asimismo recoge nuestra autora—, responden a lo más esencial y mejor del hombre».

En el prólogo del estudio del que estamos dando una idea, señala Jover cómo no ha sido una finalidad panegírica la que ha motivado la investigación de Esperanza Yllán, y califica la obra de excelente; en efecto se trata de una cala hecha con inteligencia en uno de los aspectos de la personalidad total del malagueño, aspecto que habrá de ser tenido en cuenta a la hora de estimar globalmente su figura de político, de estadista, de historiador y de ideólogo.

Nos hallamos ante una investigación —hemos sugerido ya— que se adscribe al capítulo historiográfico de la historia de las mentalidades, capítulo en el que queda aún bastante por hacer. Aunque programáticamente sea fácil y usual proclamar la interdependencia entre los distintos componentes de la historia (los materiales, los ideológicos y culturales, etc.), la verdad es que establecer las correspondencias particulares de cada caso resulta

más delicado; hay que proceder sin apriorismos ni dogmatismos, y por supuesto poseyendo personalmente una cierta preparación previa.

La primera dificultad que presenta la historiografía de las mentalidades es la del conjunto de saberes distintos en que habrá de estar iniciada y del que habrá de tener conocimientos sólidos una misma persona; hallarse en posesión de un marco de conjunto de conocimientos históricos y la sensibilidad necesarios para entender bien los textos, resultan requisitos imprescindibles para el estudio de las mentalidades.

La presente investigación no debe —desde luego—, pasar desapercibida en el cúmulo de la bibliografía actual, y habrá de ser tenida en cuenta por los estudiosos de la historia y de la historia del pensamiento español. Sus sugerencias de fondo es necesario tenerlas a la vista, a manera de hipótesis interpretativas, a la hora de analizar y enjuiciar conjuntamente todos los distintos aspectos que presenta el político y escritor malagueño.

Francisco ABAD RIVOT

### **GOMEZ MOLLEDA, María Dolores**

*La Masonería en la crisis española del siglo XX.*

Taurus Ediciones Madrid, 1986.

He aquí un libro que constituirá en adelante obra de obligada referencia y consulta para cuantos se quieran acercar, no sólo a la historia de la Masonería española y de sus diferentes Obediencias, sino a la de la España Contemporánea.

La autora, que ya nos había desvelado otros cruciales aspectos de nuestra vida colectiva en «Los Reformadores de la España Contemporánea»; «Unamuno, agitador de espíritus, y Giner de los Ríos» y tantas obras de relieve, nos aclara, creo que de forma definitiva, la importancia real que en la vida

social y política de nuestro país tuvo la Masonería; qué entidad alcanzó en lo cuantitativo y cualitativo; de qué forma funcionaron sus diferentes Obediencias y, dentro del Gran Oriente Español, sus Grandes Logias Regionales, y el alcance de su influencia en los acontecimientos.

Acierta la profesora Gómez Molleda al calificar a su obra como el «primer estudio global, sistemático e interpretativo del fenómeno masónico en un momento dado». Hasta fecha muy reciente cuantos se habían acercado a él lo habían hecho desde el «celo apologético u hostil». Los unos únicamente veían el plano ideal de la Institución: su carácter filosófico y filantrópico; su aspiración a la perfección y a la solidaridad; su espíritu progresista; su neutralismo político y religioso; su voluntad de dirigir espiritualmente la vida liberal del país y educar a sus habitantes en el amor a la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Los otros la hacían responsable de todos los males pasados, presentes y futuros de la nación. Para éstos se trataba de una asociación tenebrosa que en el misterio, el secreto y la clandestinidad fraguaba todo género de conspiraciones para mal de la patria y de sus más gloriosas tradiciones. Algo así como para muchos de ellos la Iglesia Católica, en general, y la Compañía de Jesús en particular.

La autora, manejando un material de primera mano, yendo a las fuentes e interpretando los datos acumulados con metodología adecuada y notable clarividencia, distingue perfectamente en la Masonería los dos planos en que se diferencia siempre toda obra humana: el ideal de los propósitos y el material de la lucha entre aspiraciones y realidad.

Las logias se fueron apartando durante el primer tercio de este siglo de lo que era su esencia, para lanzarse a la acción política, proceso que es objeto de la primera parte del libro: «Hacia el compromiso político» y que comprende la vida de la institución desde 1917 hasta la instauración de la II República.

Fue una época de fuertes tensiones internas que se resolvieron con la victoria del Simbolismo sobre el Filosofismo, después de que éste gozara de un triunfo pasajero en la reforma de 1922. Después las bases, contra el parecer de los altos grados, fieles a la línea de apoliticismo y neutralismo, se erigen en plataforma de convergencia de las izquierdas españolas en su lucha contra la Dictadura.

Esta evolución hacia la «intervención y campaña política» es motivo de un concienzudo análisis en el que adquiere realce la figura de Diego Martínez Barrio, Gran Maestro de la Gran Logia Regional del Mediodía y desde 1929 del Gran Oriente de España, que aparece en un papel moderador entre simbolismo y filosofismo; entre intervencionismo y neutralidad; entre inmovilistas y reformadores. Su figura es estudiada en profundidad y con simpatía en un período en el que las logias se ven sometidas a una doble presión: la originada por los nuevos afiliados procedentes de la política y la que, actuando en sentido inverso, arrastra a muchos hermanos a esa actividad.

Esa doble acción modificó sensiblemente el espectro sociológico de la masonería que, aunque seguía siendo «representativa de un sector de las clases medias contestatarias frente a las oligarquías de poder», va abriéndose a las clases bajas y a los movimientos obreros, haciéndose algo más sensible a los problemas sociales.

Tienen gran interés los estudios socio-cuantitativos de los distintos organismos del Grande Oriente y nos sorprende que los masones fueran tan pocos: 3.351 entre las dos Obediencias en el 25 y algunos más, 4.343, en vísperas del cambio de régimen.

Por regiones el predominio de la Gran Logia Regional del Mediodía, la de Martínez Barrio, era abrumador, con 855 afiliados en 1930 frente a los 311 de la organización levantina que la seguía en número. El nivel socio-económico de los hermanos daba un notable predominio a las clases medias bajas, con un 65 % del total, frente a un 22 % de

las medias altas y un 7,5 % de las bajas. En los documentos que maneja la autora no consta la profesión del 9 % restante en el que figurarían algunos representantes de las clases altas.

Los afiliados a las logias madrileñas, aunque relativamente escasos, crecieron en influencia por el prestigio personal de muchos de sus miembros, figuras destacadas de la política y la vida intelectual.

En esa coyuntura se planteó el problema a que había conducido la creciente politización de las logias. El triunfo de la coalición republicano-socialista, que era el de los ideales masónicos, llevó a los puestos dirigentes a un importante grupo de masones, y la autora se pregunta: «¿Dedicarían ahora sus esfuerzos coordinadamente, de acuerdo con la Obediencia, para afirmar las libertades adquiridas? ¿Intervendrían, de acuerdo con la institución de la que formaban parte, para hacer triunfar en la vida pública los principios por ella defendidos? ¿Llegarían a formar un colectivo ideológicamente compacto aunque disperso políticamente? ¿Quién serviría a quién: la política a la Orden o la Orden a la política? ¿Vendrían a ser los partidos políticos, en función del esfuerzo de los diputados masones, una especie de 'brazo secular' del Grande Oriente? ¿O se convertiría la Institución Masónica en instrumento de los grupos políticos?».

Estos grandes interrogantes hallarían respuesta a lo largo del primer bienio de la vida de la República que la autora estudia en las Partes segunda y tercera de su libro que titula: «La experiencia parlamentaria republicana» y «La imposible vuelta atrás».

Es un proceso apasionante y, por otra parte, inevitable. El inolvidable Profesor Pabón escribió: «Todo movimiento humano colectivo —religioso, político, social— entra en crisis, a determinada altura de su desarrollo, tan pronto la realidad le lleva a comparar los resultados con los propósitos y le plantea el problema básico de la conducta. Entonces, a consecuencia de un atormentado examen,

quiere ser algo distinto de lo que viene siendo: volver a la verdad y a la pureza de los orígenes».

La Masonería no escapó a la regla general. Ante la «espectacular escalada política de los miembros de la familia masónica», que llevó a las Cortes a 151, cuando menos, y a varios centenares más a distintos puestos de la Administración Central y Local, de ellos seis o siete ministros, los órganos superiores del Gran Oriente y el Supremo Consejo del Grado 33, pretendieron «mantener a toda costa nuestra Orden, ajena a todo estímulo partidista», pero el propósito, según la autora, «resultará inconcebible para las logias, que veían transcurrir con impaciencia los primeros y decisivos meses de la República sin que se tomaran decisiones que se consideraban inaplazables».

En esa contradicción naufragaría la «solidaridad fraterna». La piedra de toque la daría la «cuestión religiosa», a la que la profesora Gómez Molleda dedica las, para mí, mejores páginas de un libro en el que todas son buenas.

Destaca la importancia decisiva que tuvo la división de las izquierdas en asunto que tanto afectaba a la conciencia colectiva de los españoles. Deja a un lado la oposición derecha-izquierda para centrar su análisis en las posturas de los distintos sectores de la izquierda que sintetiza en el de los «intelectuales», que aspiran al civilismo y la secularización, pero sin herir «los sentimientos religiosos del país»; el de la pequeña burguesía republicana, llena de animosidad anticlerical y decidida a tomarse la revancha; y el de los partidos y movimientos obreros, enemigos de la Iglesia, para ellos «antagonista social».

Estos diferentes enfoques no siguieron la línea de separación de los partidos y, salvo el Radical Socialista en el que predominó un «espíritu inquisitorial al revés», en todos los restantes sus miembros se dividieron entre moderados, moderadores, exaltados y sostenedores de los dictámenes de la Comisión redactora del proyecto de Constitución. Los

masones eludieron todos los intentos de sus «bases» para controlarlos e imponerles una línea de conducta homogénea. En las altas instancias sólo se definió la Gran Logia Española. El Gran Oriente de España «no tomó acuerdos oficiales» pero muchas logias adoptaron resoluciones de un radicalismo que contrastaba con la «tibieza» de las «eminencias» parlamentarias de la Orden. El efímero «Serenísimo Grande Oriente de España», sintonizó con ellas.

Se cuestionaba el trato que debían recibir las Ordenes religiosas. Los diputados izquierdistas, masones o no, se enfrentaban entre sí. Los más exaltados llegaron a pedir, no sólo la disolución de todas, sino también la del clero secular e incluso que los miembros de unas y otro perdieran su condición de españoles. En el otro polo los auténticos liberales defendían criterios de separación respetuosa de la Iglesia y el Estado. En el enfrentamiento entre posturas tan antagónicas se sentaron las bases que llevarían a la pugna partidista entre masones.

La doctora Gómez Molleda nos introduce hábilmente en el intrincado teje-maneje que condujo a la fórmula de compromiso —«pero no de concordia»— que impuso Azaña después de su famoso discurso de 13 de octubre en el que recogió lo sustancial de la propuesta de Guerra del Río y «fijó al fin el precio de la transacción». Se expulsaría a los Jesuitas y se respetaría a las restantes Ordenes religiosas, aunque prohibiéndoles el ejercicio de la industria, el comercio y la enseñanza. Carrasco Formigueira, el diputado católico catalanista que moriría fusilado en Burgos durante la guerra civil, comentaría que sacrificar la libertad a la salud de la República era «pura, simple y perfectamente el concepto fascista del Estado».

Como ocurre siempre el «compromiso» no gustó a casi nadie y resulta esclarecedora la interpretación que da la autora a la «desértica votación» de la redacción final del artículo en la que únicamente participaron 237 diputados de los 470 que formaban la Cámara y que, en su casi totalidad, estaban presentes.

De los 151 masones se abstuvieron 87, el 57,61 %, porcentaje claramente superior al total que quedó en el 50,42 %. De la importante minoría radical, teóricamente moderada, sólo 25 dieron el sí a la propuesta de Azaña. La reacción de las logias fue sumamente crítica, sobre todo en los sectores representativos de las clases medias bajas, encabezados por las figuras clave de Asele Plaza, Juan Manuel Iniesta y Ceferino González.

Los «críticos» imponen una nueva orientación a la Orden y tratan de exigir a los diputados que la sigan fielmente. Los problemas que más les preocupan son la enseñanza, el paro obrero, el fanatismo religioso, la paz universal y las cuestiones sociales, pero la autora comprueba la escasa atención que, sin embargo, prestan las Logias a estos últimos y comenta: «Se producen algunos escarceos sobre problemática social pero sin rebasar el nivel de un reformismo ideológico y ético».

Lo que realmente atraía a los masones era el problema religioso y en él su intolerancia no fue menor que la de sus contrarios. La doctora Gómez Molleda ha comprobado hasta qué punto apoyaron los diputados masones el dictamen de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas y llega a la conclusión de que durante su discusión se rompió de nuevo la «fraternidad». Sólo 146 diputados de la izquierda participaron en más de 50 votaciones de las casi 130 que se produjeron y de ellos 71 (48 %) eran masones. Es decir un 47 % del total, porcentaje ligeramente inferior al que arroja el conjunto de las izquierdas. Ante esta comprobación apostilla: suficiente asistencia para asegurar que no prospera ninguna de las enmiendas de la derecha. Sin embargo, en la votación final la ley fue aprobada por 278 votos contra 50 y contó con el sí de los radicales, lo que favorecía el acercamiento de todos los masones y de todos los republicanos, deseo ferviente de Martínez Barrio, Gran Maestro en funciones desde su dimisión en noviembre de 1932.

Este éxito, y la coyuntura política, le permitió lograr un éxito rotundo sobre los «críticos» en la asamblea celebrada en Barcelona

en junio de 1933 y en la que fue reelegido por 1.766 votos, frente a los 386 de Demófilo de Buen —representante del sector tradicional— y los 665 que lograron en conjunto los tres líderes del sector crítico.

La Masonería, que había visto elevar el número de sus miembros, aparecía como una institución homogénea y tanto dentro como fuera de ella se creía que su influencia era grande en el país. Incluso la Asociación Masónica Internacional estaba en esa idea. Sin embargo Martínez Barrio dudaba de si «había ejercido una influencia singular dentro del nuevo régimen político o si, por el contrario, desafortunadamente, el régimen había influido demasiado en la obra y actuación de las Logias».

Los críticos, aparentemente derrotados, harían precario y breve el triunfo del Gran Maestro que se haría cargo de la jefatura del gobierno en octubre de 1933 en un ambiente francamente hostil sobre todo cuando pareció mostrar, al igual que su jefe y su partido, «una predisposición a abrirse a la derecha».

Era algo que los masones no podían consentir a su jefe. Fue entonces cuando por primera vez se usó y abusó de la palabra «contubernio». No era «el judeomasónico» posterior, sino el de los masones radicales con la CEDA. Los socialistas llegaron a discutir si se podía aceptar que sus dirigentes pertenecieran a la Orden y la mayoría de los miembros de ésta parecían opinar, por el contrario, que lo que resultaba intolerable era seguir en ella y figurar en la misma candidatura con hombres de la CEDA.

La masonería sentía el mismo tirón hacia los extremos que los partidos políticos y la Institución, que hacía gala de tolerancia, se transformaba en intolerante. Su denuncia del «contubernio» era compartida por los partidos monárquicos. Estos anatematizaban a los cedistas, ellos a los radicales. La posición de Martínez Barrio se hacía insostenible y a pesar de su dimisión como miembro del gobierno que, presidido por Lerroux, se formó después de las elecciones y de su posterior sepa-

ración del partido, se vió obligado a abandonar la dirección del Grande Oriente en la asamblea de mayo de 1934.

Con este acontecimiento termina un libro cautivador del que se nos anuncia una continuación que ya esperamos con impaciencia. En sus páginas se nos aclaran muchos puntos hasta ahora oscuros y en ellas podemos apreciar cómo la Masonería se fue apartando de lo que era su esencia; se politizó de forma creciente y acusada; resistió a todo intento de hacerla volver a sus orígenes y se radicali-

zó, sobre todo en la cuestión religiosa, hasta llegar en su intolerancia a pedir que se diera a la Iglesia Católica el mismo trato que ella recibiría más tarde. El propio Martínez Barrio, comovedor y moderador por talante y naturaleza, se vería arrastrado a una postura política que contribuiría no poco a romper los escasos y débiles puentes que todavía quedaban entre las izquierdas españolas y la gran masa tradicional aglutinada por la CEDA.

Ramón SALAS